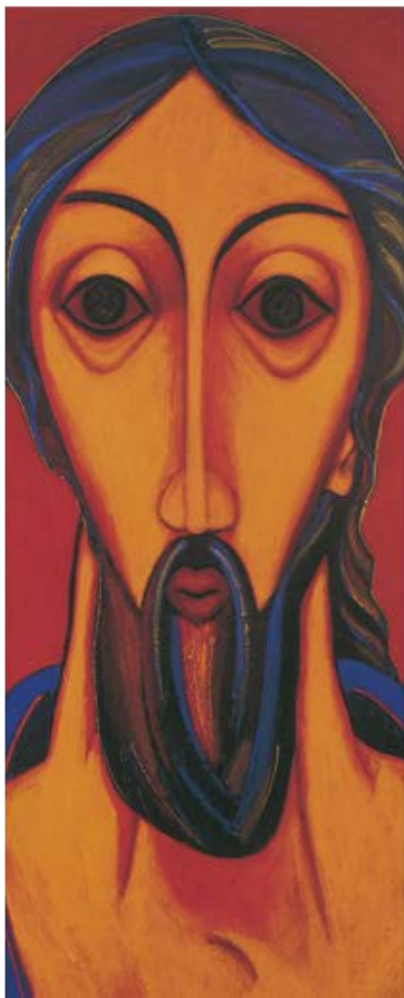


Fijos los ojos en Jesús

En los umbrales
de la fe



DOLORES ALEIXANDRE

JUAN MARTÍN VELASCO

JOSÉ ANTONIO PAGOLA



4.ª EDICIÓN

FIJOS LOS OJOS EN JESÚS
EN LOS UMBRALES DE LA FE

Dolores Aleixandre, RSCJ
Juan Martín Velasco
José Antonio Pagola

Primera edición: septiembre 2012

Segunda edición: octubre 2012

Tercera edición: diciembre 2012

Cuarta edición: enero 2013

Diseño: Estudio SM

Cubierta: *Santo Rostro*, de Marko I. Rupnik

© 2012, Dolores Aleixandre Parra, Juan Martín Velasco,
José Antonio Pagola

© 2012, PPC, Editorial y Distribuidora, S.A.
Impresores, 2
Urbanización Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
ppcedit@ppc-editorial.com
www.ppc-editorial.com

ISBN: 978-84-228-2444-6

Depósito legal: M-28.295-2012

Impreso en la UE – *Printed in EU*

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

ÍNDICE

| | |
|--|----|
| PRESENTACIÓN | 5 |
| SER CREYENTE HOY, por <i>Juan Martín Velasco</i> | 7 |
| La situación religiosa y nuestra propia situación como creyentes | 8 |
| Crisis religiosas y crisis de Dios..... | 8 |
| ¿Estamos nosotros afectados por la crisis de Dios? | 9 |
| Dos posibles causas de la debilidad de la fe en círculos oficialmente cristianos | 12 |
| Necesidad de un discernimiento: ¿somos verdaderamente creyentes? | 15 |
| El camino hacia la fe | 18 |
| «¿Qué debemos hacer, hermanos? (Hch 2,37) | 18 |
| Modelos de creyentes | 20 |
| La representación de Dios, piedra de toque de la actitud creyente | 21 |
| Condiciones para que la palabra «Dios» cobre todo su esplendor..... | 25 |
| Condiciones previas y preámbulos existenciales para iniciar el camino de la fe | 26 |
| Hacia una fenomenología de la actitud creyente | 30 |
| Poner en Dios el centro de nuestra vida en una actitud de confianza incondicional | 30 |
| Coherencia de la actitud teologal con la condición humana | 33 |

| | |
|---|----|
| Del trascendimiento de sí mismo al encuentro con el Misterio..... | 36 |
| El encuentro interpersonal, modelo a escala humana del encuentro de la fe | 38 |
| Crear cristianamente | 41 |
| Jesucristo, iniciador y consumidor de nuestra fe | 41 |
| El Dios de Jesucristo, un Dios revelado bajo la forma de la debilidad | 44 |
| Las distintas formas de acceso a la fe en Dios por parte de los cristianos | 46 |
| El «contenido» de la fe cristiana..... | 47 |
| Dimensión eclesial de la fe cristiana | 51 |
| El ejercicio del ser creyente | 53 |
| La fe tiene vocación de experiencia | 53 |
| La oración, puesta en ejercicio de la fe..... | 56 |
| La actualización de la fe por la práctica del amor | 59 |
| Las tres dimensiones de la actitud teologal..... | 62 |
| «Hemos creído en el amor que Dios nos tiene» (1 Jn 4,16) | 62 |
| «Permanezcamos firmes en la esperanza» (Heb 10,23) | 68 |
| San Pablo, modelo de creyente | 72 |
| «¡Ay de mí si no anuncio el Evangelio!» | 76 |
| PAISAJES PARA LA FE, por <i>Dolores Aleixandre</i> | 79 |
| Un encinar en Mambré | 81 |

| | |
|---|---------|
| Una propiedad en Gosén | 84 |
| Una tumba en Efratá | 87 |
| Un vado en el mar de las Cañas | 90 |
| Pan en el desierto de Sin | 93 |
| Una nube en el Sinaí | 96 |
| Una cueva en el Horeb | 99 |
| Una alberca en Jerusalén | 102 |
| Un campo en Anatot | 105 |
| En las afueras de Belén | 108 |
| Una casa sin tejado | 111 |
| Relatos en la habitación de arriba | 114 |
| Un cruce de caminos | 117 |
| Un cabezal en popa | 120 |
| Despedida en Mileto | 123 |
| Una puerta cerrada | 126 |
| En la ladera de la montaña | 129 |
| La puerta oeste de la muralla | 132 |
| Un pasaje entre olivos | 135 |
| Galilea, luna nueva | 138 |
| CON LOS OJOS FIJOS EN JESÚS, por <i>José Antonio Pagola</i> | 141 |
| Volver a Jesucristo | 141 |
| Entrar por el camino abierto por Jesús | 142 |
| Volver a Galilea | 144 |
| El Evangelio como nuevo comienzo | 146 |
| Crear la Buena Noticia de Dios | 148 |
| Dios, amigo de la vida | 150 |

| | |
|---|-----|
| Dios, el Padre bueno de todos | 153 |
| Parábola para nuestros días | 156 |
| Recuperar el proyecto del reino de Dios | 159 |
| El proyecto humanizador de Dios | 160 |
| La compasión como principio de acción | 163 |
| Los últimos han de ser los primeros | 165 |
| Recuperar el Padrenuestro como oración del reino | 167 |
| Seguir a Jesús, el Cristo | 170 |
| Dinámica del seguimiento a Jesús | 171 |
| Algunos rasgos de los seguidores de Jesús..... | 174 |
| Construir la Iglesia de Jesús | 175 |
| Escándalo y locura de la cruz | 178 |
| El gesto supremo de Dios | 179 |
| Un Dios crucificado | 181 |
| Un Dios identificado con las víctimas | 182 |
| Seguir a Jesús cargando con la cruz | 183 |
| Cristo resucitado, misterio de esperanza | 186 |
| Cristo, nuestra esperanza | 186 |
| Recuperar la experiencia viva del Resucitado | 188 |
| El nuevo rostro de Dios | 190 |
| Entrar en una dinámica de resurrección | 192 |
| El horizonte de nuestra esperanza | 193 |

Dolores Aleixandre Parra, RSCJ, ha sido profesora de Sagrada Escritura en la Universidad Pontificia Comillas (Madrid). Colabora habitualmente en las revistas *Sal Terrae*, *Alandar* y *Vida Nueva*. Es autora de más de una docena de libros, entre los que destacan *Esta historia es mi historia. Narraciones bíblicas vividas hoy* (2001), *Relatos desde la mesa compartida. Aproximación bíblica y catequética a la eucaristía* (⁶2003), «*Dichosos vosotros*». *Memoria de dos discípulas* (2004) y *Las puertas de la tarde. Envejecer con esplendor* (2008). En PPC ha publicado *La hendidura de la roca. Variaciones sobre el Cantar de los Cantares* (2010).

Juan Martín Velasco es profesor emérito de la Universidad Pontificia de Salamanca. Ha sido director del Instituto Superior de Pastoral (Madrid) durante dieciséis años y rector del Seminario Conciliar de Madrid desde 1977 a 1987. Autor de numerosas obras y artículos sobre filosofía y fenomenología de la religión, en PPC ha publicado: *Ser cristiano en una cultura posmoderna* (³2009), *El hombre y la religión* (2002), *Mística y humanismo* (²2008), *Orar para vivir* (²2009) y *¡Ojalá escuchéis hoy su voz!* (²2012).

José Antonio Pagola ha sido vicario episcopal de la diócesis de San Sebastián durante más de veinte años y director del Instituto de Teología y Pastoral de esa ciudad. Desarrolla una intensa labor con grupos de creyentes y alejados. En PPC ha publicado *Padre nuestro. Orar con el espíritu de Jesús* (⁵2012), *Salmos para rezar desde la vida* (⁸2011), *Id y curad. Evangelizar el mundo de la salud y la enfermedad* (⁴2012), *Jesús. Aproximación histórica* (⁸2008) y *Creer, ¿para qué?* (⁶2011). También la serie *El camino abierto por Jesús*, con los comentarios a los evangelios de *Mateo* (⁴2012), *Marcos* (³2011, en Desclee de Brouwer), *Lucas* (²2012) y *Juan* (de próxima aparición).

PRESENTACIÓN

¡Oh, cristalina fuente,
si en esos tus semblantes plateados
formases de repente
los ojos deseados
que tengo en mis entrañas dibujados!

SAN JUAN DE LA CRUZ,
Cántico espiritual

Relacionada con la fe, la geografía del cuerpo humano se muestra rica en lugares. Pies que andan o desandan veredas, manos que agarran o sueltan, oídos que escuchan o están cerrados... Pero probablemente no haya otro lugar con un papel tan peculiar como los ojos. Antes del contacto físico –y contando con que también hay ojos ciegos–, ellos son los vigías encargados de vislumbrar cuando aún están lejos tanto las presencias deseadas como las indeseables. Por eso los ojos bien pueden ser considerados como una auténtica puerta de la fe, como le sucede al discípulo amado cuando descubre la presencia del Señor resucitado a la orilla del lago de Galilea (Jn 21).

Porta fidei, la «puerta de la fe», es precisamente el título que Benedicto XVI ha dado al *motu proprio* con el que convocaba este «Año de la fe». Un año que va desde el 11 de octubre de 2012 al 24 de noviembre de 2013. La fecha de inicio no

es casual, ya que en ella se celebra el cincuenta aniversario de la apertura del Concilio Vaticano II y los veinte años de la publicación del *Catecismo de la Iglesia católica*.

Para la conmemoración de esta efemérides, tres de los más importantes y significativos autores en el campo del pensamiento religioso y teológico español –los tres, en gran medida, hijos de ese Concilio cuyo recuerdo celebramos– nos brindan sus reflexiones a propósito de la fe. Con los ojos fijos en Jesús, cada cual con su estilo y su genio particular, los tres van desgarnado aquellos aspectos relativos a la fe cristiana que puedan ayudar a los lectores a personalizarla y hacerla cada vez más propia. Porque de eso es de lo que se trata. Los distintos apartados para la reflexión personal o en grupo que acompañan a los textos ofrecen igualmente diferentes modos de lectura del libro y la posibilidad de poder trabajar con él.

Los ojos permiten el juego de las miradas. Un juego en el que conviene siempre tener presente el dicho del poeta: «El ojo que ves no es ojo porque tú lo veas, es ojo porque te ve» (Antonio Machado). Ojalá este libro sirva para que aquellos que lo lean –sea cual sea su situación personal o eclesial– se sientan benévolamente contemplados por el Señor y puedan llegar a pronunciar con verdad aquellas palabras de san Pablo: «Sé de quién me he fiado» (2 Tim 1,12).

PPC

SER CREYENTE HOY

JUAN MARTÍN VELASCO

«Cada época –escribió K. Rahner– tiene su propia tarea en la presencia de Dios. La tarea del mundo de hoy es la de creer. Porque hoy ya no se trata de esta o de aquella creencia, de este o de aquel artículo de fe, sino de la fe misma, de la posibilidad de creer, de la capacidad del hombre para entregarse totalmente a una única, clara y exigente convicción». Y, tras referirse a los profundos cambios de todo tipo que estaban produciéndose, concluye: «Todo esto constituye una amenaza, un desafío, un riesgo para la fe y para la misma capacidad humana de creer. La fe de hoy se caracteriza por ser una fe puesta en peligro»¹. El riesgo y el desafío no han hecho más que acentuarse con el paso de los años. «Hasta ahora se discutía el contenido de la fe, pero no sobre la posibilidad o la necesidad de la fe. Hoy [1970], la fe como tal ha empezado a ser considerada como problemática en sectores cada vez más amplios». Cuarenta años después son muchos los ambientes en los que la fe no es ni siquiera problemática, porque ha dejado de interesar, se es perfectamente indiferente a ella.

¹ «Der Glaube des Priesters heute», en *Orientierung* 19-20 (1962), pp. 215-219; 227-231 (resumido en *Selecciones de Teología* 2 [1963], p. 256).

La situación religiosa y nuestra propia situación como creyentes

Crisis religiosa y crisis de Dios

En los años posteriores al Concilio se produce la eclosión de una crisis del cristianismo que venía fraguándose desde el comienzo de la época moderna. Esa crisis tiene su aspecto más visible en el desmoronamiento del sistema de mediaciones: creencias, prácticas, pertenencia a la institución. Se manifiesta y se vive en el cambio de la forma de presencia del cristianismo en Europa que expresa la categoría de «secularización». Una secularización que, a pesar de hechos recientes, como la proliferación de nuevos movimientos religiosos, el éxito espectacular de determinados grupos sectarios, la aparición de radicalismos en todas las grandes religiones y la permanencia del influjo del factor religioso en importantes acontecimientos sociopolíticos, en Europa sigue radicalizándose. Lo muestra la emancipación del influjo de la religión de áreas cada vez más amplias de la vida social y cultural y de aspectos cada vez más íntimos de la vida personal, como la pregunta por el sentido, la búsqueda de la felicidad y la gestión de la vida individual. Todo ello produce la extensión de una «cultura de la ausencia de Dios», que sitúa a los creyentes en estado de verdadera intemperie cultural y extiende el riesgo de que, como advertía últimamente Benedicto XVI, «Europa se convierta en un desierto inhóspito para la fe».

Tal riesgo está ya haciéndose realidad, porque la crisis religiosa se ha convertido en crisis de Dios y de la fe. De ella

son indicios la extensión de la increencia por todos los sectores de la sociedad, la radicalización de sus manifestaciones, que ha desembocado en una indiferencia generalizada, y el hecho de que «de la fe en Dios ya no parten estímulos que determinen la vida y la historia» (W. Kasper). El último avatar de esta crisis de Dios es su extensión a muchos creyentes, y su presencia en el interior de la Iglesia. El mismo Benedicto XVI se ha referido a ella al denunciar la anemia de la fe de los creyentes como el aspecto más grave de la actual crisis religiosa de Europa, y advertir que un agnóstico en búsqueda puede estar más cerca de Dios que un cristiano rutinario y que lo es meramente por tradición o por herencia.

Una reflexión sobre la fe como la que propongo, enfocada a animarnos a su realización efectiva, no puede ignorar esa situación de crisis si de verdad quiere contribuir a superarla.

¿Estamos nosotros afectados por la crisis de Dios?

A primera vista puede resultar extraño que se denuncie crisis de Dios y de la fe en él en el interior de la Iglesia, y hasta en la vida consagrada y en el clero en todos sus niveles, como viene haciéndose –a mi modo de ver con razón– en los últimos años. Hasta puede parecer una ofensa atribuir una posible crisis de la fe en Dios a personas que se consideran y se confiesan creyentes; que cumplen, bien que mal, con sus obligaciones de cristianos y que hasta han consagrado su vida al servicio de la Iglesia. Pero la verdad es que la falta de irradiación de la fe que muestran las comunidades cristianas,

su incapacidad para comunicar y transmitir la fe a las generaciones jóvenes y la tibieza de la vida cristiana de tantas comunidades y de quienes las presidimos hace temer que algunos o muchos de los que nos creemos y nos llamamos creyentes padezcamos, en mayor o menor grado, la crisis, y que podamos seguir llamándonos creyentes solo desde una manera distorsionada de entender la fe que dista mucho de reflejar la forma de creer que propone el Evangelio.

Porque es frecuente que los cristianos lamentemos y denunciemos la extensión de la increencia a nuestro alrededor y el clima de indiferencia de nuestras sociedades, dando por supuesta nuestra condición de creyentes, pero sin preguntarnos seriamente por nuestra verdadera situación en relación con la fe. Y puede suceder que nos llamemos creyentes porque nos consideramos católicos, nacimos en una familia cristiana y fuimos bautizados, cumplimos más o menos estrictamente los mandamientos de Dios y las normas que regulan el propio estado, llevamos una práctica más o menos regular, nos confesamos miembros de la Iglesia y no hemos tomado ninguna decisión que nos haya llevado a separarnos de ella. Es posible que nos consideremos creyentes porque admitimos, sin apenas preguntarnos por qué, todas las verdades que Dios, nuestro Señor, nos ha revelado y que la Santa Madre Iglesia nos enseña, pero que nuestra fe se reduzca a «creer lo que no vimos», a aceptar lo que no entendemos, sin que esa aceptación haya dado lugar a ninguna experiencia personal ni haya transformado más que superficialmente nuestra vida.

Es posible incluso que, tras la renovación de la teología de la fe posterior al Vaticano II, hayamos oído y aprendido que

la fe es encuentro personal, confianza incondicional en Dios, y lo creamos, pero sin haber dado pasos para realizar lo que esas fórmulas significan. Nuestra situación podría ser semejante a la de Moisés, que ve a lo lejos la tierra prometida, pero al que algo, que en nuestro caso no procede precisamente de Dios, le impide entrar en ella. El libro de los Hechos de los Apóstoles se refiere a los primeros cristianos como «los creyentes» (Hch 2,44; 5,14; 1 Tes 1,7). ¿Podemos los cristianos, los católicos de hoy, identificarnos con ese hermoso nombre?

Nuestra situación podría ser esta: escuchamos y decimos con los salmos: «Gustad y ved qué bueno es el Señor...», y sentimos el deseo de gustarlo, pero no lo gustamos realmente. Sabemos infinidad de cosas sobre Dios: todo lo que el catecismo, e incluso cierta formación teológica, nos ha enseñado. Sabemos mucho sobre Jesús; hemos oído que es el Hijo de Dios y lo creemos: hemos escuchado y celebrado el anuncio de su resurrección y hemos oído a los discípulos proclamar: «Jesús es el Señor». Pero puede suceder que, en no pocos casos, nuestra relación con Jesús se reduzca a saber sobre él y a conocerle como conocemos a otros personajes de la historia por los que sentimos simpatía. Sin caer en la cuenta de que entre este saber sobre Dios y sobre Cristo, y *creer en él* hay la misma distancia que entre saber sobre el amor porque hemos leído libros que lo explican y conocerlo porque se ha tenido la suerte de amar y ser amado.

Probablemente haya grupos cristianos que no se identifiquen con esa situación, porque no faltan en el catolicismo actual grupos confesantes, con prácticas exigentes, con gestos de manifestación pública de su condición de católicos, con

actividades destinadas a atraer a otros a la Iglesia, pero con actitudes que podrían llevar a verlos reflejados en la figura del fariseo, que oraba en el templo satisfecho de sí mismo y dando gracias a Dios por no ser como los demás, pero que no salió del templo justificado. Por otra parte, conviene tener en cuenta que con frecuencia los rasgos fundamentalistas de algunas formas de creer son la manifestación inconsciente de la debilidad y la inseguridad de la propia fe; de la misma manera que el fundamentalismo de algunas formas de in creencia manifiesta el temor de los que lo viven a que la fe a la que se oponen tenga más peso del que ellos se atreven a concederle².

No pocos cristianos actuales de diferentes orientaciones podríamos sentirnos reflejados en esta observación del P. de Lubac en sus *Paradojas*: «Una fe puede debilitarse, tender a cero, incluso sin haber sido sacudida por la duda, vaciándose, exteriorizándose, pasando gradualmente de la vida al mero compromiso; puede incluso endurecerse y tomar la apariencia de la fe más robusta porque la corteza se ha endurecido, pero en un tronco que se ha quedado vacío».

Dos posibles causas de la debilidad de la fe en círculos oficialmente cristianos

La primera puede ser la que se sigue de haber identificado la fe con la creencia, con la afirmación de verdades reveladas

² Cf. P. WUST, *Incertidumbre y riesgo*. Madrid, Rialp, 1956, pp. 202-203.

que exceden nuestra razón, con la forma de creer que se reduce a *creer que*, esa forma débil de conocimiento que pone en juego tan solo la mente del hombre y reduce las realidades a las que se refiere: Dios, Jesucristo... al conjunto de verdades con que el catecismo o la teología hablan de ellas. Recordemos a Fénelon, que denunciaba en su tiempo: «El ejercicio de la fe se reduce a no atreverse a contradecir misterios incomprensibles, y a una vaga sumisión a ellos que no compromete a nada»³.

La segunda distorsión se refiere a un peligro que acecha a todas las religiones. Todas ellas proceden de un doble origen. El primero, la presencia de Dios en el fondo de lo real y en el corazón mismo del ser humano. De ella saca este la posibilidad y la necesidad de buscar nombres, imágenes y representaciones que le permitan tomar conciencia, asumir y acoger esa Presencia por la que se siente literalmente «sobrecogido», a la vez que fascinado y atraído. Los nombres, las imágenes y las representaciones de que se han servido los seres humanos para referirse a esa Presencia son incontables. Todos ellos se corresponden con las diferentes situaciones por las que han pasado a lo largo de su historia, y han dado lugar a las diferentes religiones de la humanidad. Esas imágenes son, por una parte, necesarias, dada la condición mundana y corporal del ser humano, pero ninguna de ellas es Dios mismo. Todas son «lenguaje insuficiente» para la realidad a la que remiten. De su peligro da una idea la oración de místicos como el Maestro Eckhart: «Dios mío, líbrame de mi Dios».

³ Sobre esta forma de concebir la fe y sus peligros, cf. A. DULLES, «El dilema moderno de la fe», en *Hacia una teología de la fe*, Santander, Sal Terrae, 1970, pp. 19-40.

Generalmente, cada sujeto humano comienza a ser religioso insertándose en una de las tradiciones surgidas de figuras que han vivido intensamente la conciencia de esa Presencia, la han invocado con los más variados nombres, se han dirigido a ella en fervorosas oraciones, se han puesto en relación con ella mediante ritos que jalonaban el curso de sus vidas, se la han representado con las más variadas imágenes y han levantado en su honor los monumentos espléndidos que todavía perduran en numerosos lugares de la tierra. Pero las religiones tienen un extraño poder de seducción sobre los humanos. Los sistemas de mediaciones en que cristaliza cada religión, las «catedrales simbólicas» que constituyen, han surgido de la actitud creyente de los genios religiosos que iniciaron las diferentes religiones y de las primeras generaciones de sus seguidores. Pero, con frecuencia, con el paso del tiempo, las generaciones siguientes se ven introducidas en esos sistemas por la fuerza de la tradición o de la cultura, reduciendo su vida religiosa a la repetición de los elementos heredados: creencias, ritos, pertenencia social, sin en muchos casos personalizar y apropiarse la actitud religiosa, raíz de la que surgen esos elementos y savia que los vivifica. Por eso, tantas veces, las religiones, y especialmente las instituciones a que dan lugar, llamadas a albergar a los creyentes y a prestarles recursos con los que vivir y expresar su actitud religiosa, se convierten en grandes aparatos institucionales que la sustituyen, se interponen entre los sujetos religiosos y el Misterio al que remiten, y les dificultan esa relación viva y personal con él que es la actitud religiosa fundamental que en el cristianismo recibe el nombre de actitud teologal.

Necesidad de un discernimiento: ¿somos verdaderamente creyentes?

Las reflexiones anteriores solo pretenden ayudar a poner al descubierto nuestra verdadera situación en relación con la fe. Una tarea delicada y que necesita de un cuidado extremo. Seguramente ni el propio creyente es juez apropiado en esta causa. En un poema que lleva por título «¿Quién soy yo?», D. Bonhoeffer, tras referirse a la idea que él tiene de sí mismo y a la que tienen de él sus compañeros de prisión, termina confesando: «Quién sea, Tú lo sabes, Señor». Ya san Agustín había afirmado: «Solo Dios conoce a los suyos». Y antes san Pablo: «En cuanto a mí, bien poco me importa ser juzgado por vosotros o por cualquier tribunal humano; ni siquiera yo me juzgo. De nada me remuerde la conciencia, mas no por eso me considero inocente, porque quien me juzga es el Señor» (1 Cor 4,3-4). En todo caso, en un examen de conciencia sobre algo que nos afecta tan profundamente siempre será bueno encomendarse a la mirada misericordiosa de Dios, que conoce el barro de que estamos hechos, porque solo este recurso nos permitirá evitar el doble error de creernos ya justificados o de pensar que no hemos dado paso alguno en el camino hacia Dios, con el peligro de caer en la desesperación o en el abandono. Por otra parte, una recta comprensión del ser creyente no solo ha de estar abierta a encontrar fallos, limitaciones e imperfecciones en la propia forma de creer, sino que debe partir de la inevitable precariedad que reviste el hecho de creer en todos los seres humanos.

Porque no se es creyente de golpe y de una vez para siempre, como se piensa cuando se concibe la fe como un don que se nos entrega como un depósito y que se trata de conservar intacto. Los teólogos nos enseñan que todo creyente es a la vez *fidelis et infidelis*, creyente y no creyente, y esto pone de manifiesto la problematicidad de nuestra existencia creyente y nos enseña a repetir sinceramente la oración evangélica: «Señor, yo creo, pero ven en ayuda de mi incredulidad» (Mc 9,24)⁴. El mismo Bonhoeffer cuenta cómo, hablando con un joven pastor francés sobre «qué querrían hacer con sus vidas», este respondió muy decidido: «Yo querría ser santo», y él, más modesta, más realistamente, habría dicho: «Yo querría aprender a creer»⁵. «Yo, que tanto había dudado –escribe Charles de Foucauld después de su conversión–, no lo creí todo en un día».

Así fue el itinerario de los discípulos con Jesús, originado por sucesivas llamadas del Maestro, con respuestas entusiasmadas: «¿A dónde iremos? Tú tienes palabras de vida eterna»; «Tú eres el Hijo de Dios vivo»; y otras decepcionantes, que merecen el reproche del Señor: «¡Apártate de mí, Satanás!»; «Hombres de poca fe». Un itinerario que pasó por el abandono de su Maestro en la hora de la pasión, hasta llegar al

⁴ Cf. J. B. METZ, «La incredulidad como problema teológico», en *Concilium* 6 (1965), pp. 63-83. Sobre la inseguridad que permanece en el sujeto religioso que consiente a la presencia de Dios en él, y de esa forma supera la radical inseguridad propia de la condición humana; y sobre su origen en la condición de Dios, que no deja de ser Dios escondido cuando pasa a ser para el hombre el Dios revelado, porque solo puede revelarse como misterio, sigue siendo muy estimulante la lectura de P. WUST, *Incertidumbre y riesgo*, o. c., pp. 193-228.

⁵ *Resistencia y sumisión*. Salamanca, Sígueme, 1983, p. 257.

momento decisivo en el que, iluminados por el Espíritu que les ha entregado el Resucitado, reconocen a Jesús en su identidad más profunda con la confesión pascual: «Señor mío y Dios mío»; «¡Es el Señor!».

¿Cómo podemos nosotros, los cristianos de fe tibia y débil, de los que se dice, tal vez con razón, que estamos afectados por la crisis de Dios, «aprender a creer»? Hay una forma sencilla de calibrar la autenticidad y la calidad de nuestra fe: confrontar nuestras actitudes en la vida de cada día con textos evangélicos como: «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón...»; o con el Sermón de la montaña, leído sin las mil glosas que llevan a desvirtuarlo.

También en este trance los santos pueden servirnos de modelo. Santa Teresa describe la situación en que se encontraba antes de su conversión definitiva en términos que pueden ayudarnos a comprender la nuestra y a dar los pasos para salir de ella. En el capítulo 8 de su *Vida* narra con precisión su estado: vive retirada en el monasterio de la Encarnación desde hace ya veinte años. «Hubo meses que me daba mucho a la oración y hacía algunas y hartas diligencias para no le venir a ofender»; pero se encuentra «en vida baja de perfección». Una situación que califica como «una de las más penosas que me parece se puede imaginar; porque ni yo gozaba de Dios, ni traía contento en el mundo. Cuando entraba en los contentos del mundo, en acordarme lo que debía a Dios era con pena; cuando estaba con Dios, las afecciones del mundo me desasosegaban. Ello es una guerra tan penosa que no sé cómo un mes se la puede sufrir, cuantimás tanto años». El resultado es penoso: «Ya mi alma estaba cansada»; «suplicaba

al Señor me ayudase, mas debía faltar de no poner en todo la confianza en su Divina Majestad y perderla de todo punto en mí»; «Buscaba remedio, hacía diligencias, mas no debía entender que todo aprovecha poco si, quitada de todo punto la confianza en nosotros, no la ponemos en Dios».

- ▶ Confrontemos la situación religiosa de los medios en que vivimos con la descripción ofrecida en el texto.
- ▶ Hagamos un esfuerzo de discernimiento de nuestra condición de creyentes: ¿existe entre nosotros crisis de Dios? Indicios. Posibles causas.
- ▶ Releamos el párrafo relativo a Santa Teresa (p. 17). Comparemos nuestra situación con la que ella describe.
- ▶ Destaquemos rasgos positivos de la actual situación religiosa en nuestras comunidades no aludidos en el texto.

El camino hacia la fe

«¿*Qué debemos hacer, hermanos?*» (Hch 2,37)

Comencemos por observar que la posibilidad que se abre ante nosotros no puede ser convertida en realidad por nosotros mismos. La conversión a la que somos llamados, ser creyentes, no es obra nuestra, aunque tampoco se realizará sin nuestra colaboración. Nuestro primer paso no puede ser una decisión, esta vez sí definitiva, que nos permitiría conseguir lo que no hemos conseguido hasta ese momento.

Los grandes creyentes no han respondido a la llamada del Señor con una decisión de ese estilo. María, tras haber pre-

guntado: «¿Cómo será esto, pues no conozco varón?», y escuchar la respuesta del ángel: «El Espíritu de Dios vendrá sobre ti...», responde simplemente acogiendo el plan de Dios sobre ella: «Hágase en mí según tu palabra». Pablo, tras la irrupción del Señor en su camino, pregunta: «Señor, ¿qué quieres que haga?».

La llamada, que en algunos casos reviste los rasgos extraordinarios que presentan las vidas de no pocos santos y conversos, no se identifica con ellos. Nos es dirigida a todos y nos está siendo dirigida siempre. Es la llamada que constituye la presencia originante de Dios en el corazón de todos los seres humanos, que genera en nuestro interior una fuerza gravitatoria: *pondus in altum*, ese «peso alado» que es la tendencia hacia sí. San Agustín identificó sus dos momentos de la forma más precisa: Dios es para él «más elevado que lo más alto de mí mismo; más íntimo a mí que mi propia intimidad»⁶. Su acción permanente en el interior de las personas está descrita al comienzo de las *Confesiones*: «Nos hiciste para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti» (I, 1).

La respuesta a esa llamada tiene su centro en la actitud teo-
logal, que consiste en el reconocimiento por el hombre de esa Presencia. Una actitud, una forma de relación tan original y tan extraordinaria como la Presencia divina a la que responde. Para su realización, el hombre debe poner en juego lo mejor de sí mismo. Su descripción exige el máximo cuidado y la referencia permanente a la realidad que la origina. Por

⁶ *Confesiones* III, 6.

eso puede ser útil, antes de entrar a su descripción formal, remitir a figuras que lo han realizado de forma ejemplar.

Modelos de creyentes

Abrahán, el padre de los creyentes, es una de ellas. La carta a los Hebreos (11,1-40) se refiere a él y a la «nube de testigos» que ofrece el Antiguo Testamento⁷. El protagonista del libro de Job también puede ser considerado como uno de ellos. Antes de la prueba, Job era un hombre íntegro y recto «que temía a Dios y se guardaba del mal». Ese temor de Dios expresa una relación en la que Job se representa a Dios y lo conoce con los rasgos que de él ofrecía la teología de la retribución vigente en el Israel de su tiempo: un Dios que premia al justo y castiga al pecador. Job le ofrece sacrificios y se muestra como un israelita modelo. Durante la prueba, Job conoce la condición poderosa y omnisciente de Dios. Pero, desde su situación condicionada por la idea de Dios que le ofrece una teología deficiente, se considera inocente y tratado injustamente por él. En ella maldice el día en que nació y se confiesa «hastiado de vivir»; por eso decide «dar rienda suelta a sus quejas» y exclama: «Hablaré sin temor ante él, porque yo no me siento culpable». Los amigos, desde la misma deficiente teología, tratan de convencerle de que seguramente lo es, aunque lo ignore, y le instan con insistencia a reconocerlo. Hasta que Dios aparece en su condición divina, y Job lo reco-

⁷ A él me he referido en otro intento de fenomenología del creer en *La experiencia cristiana de Dios*. Madrid, Trotta, 2007, pp. 37-45.

noce como misterio: «Hablé, diré ahora, a la ligera, ¿qué puedo responderte? No diré una palabra más. Sé que todo lo puedes, que ningún plan está fuera de tu alcance...». «He hablado insensatamente de maravillas que me superan y que ignoro». Para concluir, por fin creyente: «Te conocía sólo de oídas; ahora te han visto mis ojos. Por eso me retracto y me arrepiento, cubierto de polvo y ceniza».

*La representación de Dios, piedra de toque
de la actitud creyente*

Dios, antes del momento en que el hombre cree en él, es para el hombre, incluso el hombre convencionalmente religioso, un Dios todavía a su medida; un Dios que el hombre conoce, incluso como superior a él, del que se ha formado una idea que le basta para regular de alguna manera su vida, pero sin transformarla radicalmente, porque todavía no ha sido tocado su corazón. Es lo que sucede cuando pensamos y hablamos de Dios desde una vida religiosa convencional o desde un cristianismo rutinario y solo heredado. Dios es para nosotros, en esa situación, una realidad ciertamente importante, a la que el hombre concede cierta atención y, aunque casi a regañadientes, alguna forma de obediencia. El corazón del hombre hasta ese momento es un corazón dividido. Tiene muchas cosas que se disputan con Dios su interés y su entrega. Por eso le honra con los labios, pero su corazón está lejos de él. Le ha entregado cosas de su vida, incluso parte de su vida, pero no su vida toda.

La tibieza en la actitud de esos «malcreyentes» se refleja en la idea que se hacen de su Dios; cómo su distorsionada imagen de Dios repercute en la tibieza de su actitud. Tales creyentes pueden –podemos– estar en la casa del Padre, pero como el hijo mayor de la parábola: como un criado: «No me has dado un cabrito para celebrar una fiesta con mis amigos»; ese hijo mayor que no reconoce al otro hijo como hermano y que, hablando de él, le dice al padre: «Ese hijo tuyo...» (Lc 15,30).

Por eso, para descubrir la calidad de nuestra fe basta con que nos preguntemos: ¿quién es Dios verdaderamente para nosotros? O también: ¿qué sabemos de Dios y cómo lo sabemos? ¿Es Dios para nosotros el ser supremo que rige el orden del mundo? ¿Es la primera causa que lo explica? ¿Es el ser necesario que exigen los seres contingentes, que somos nosotros, para tener razón de ser? Si es eso que aprendimos en filosofía y tal vez en una teología mal orientada, Dios podrá ser para nosotros la causa primera al servicio de nuestra explicación de la realidad, la idea de infinito presente en la mente que garantiza mi visión de las cosas y, tal vez, una forma de moral. Pero un Dios así no es el Dios de nuestra fe. Así sabía Pascal sobre Dios antes de su segunda conversión, y le bastó un momento de contacto real con Dios, de encuentro con él, para que el fuego de su presencia redujese a cenizas la figura de Dios que el Pascal filósofo se había forjado: la presencia solo ideal, conceptual, que tenía en su mente, y que su encuentro real con él le llevará a descartar con decisión:

«Dios de Abrahán, Dios de Isaac... Dios de Jesucristo; no de los filósofos y de los sabios»⁸.

Anotemos que estaríamos en una situación parecida si a la pregunta: ¿quién es Dios para ti?, respondiéramos que Dios es el Padre de nuestro Señor Jesucristo, que es nuestro Padre del cielo, añadiendo a ello todos los datos que acumula la teología cristiana, pero sin que esos contenidos fueran otra cosa que objeto de una afirmación teórica. No olvidemos la sentencia tajante de la carta de Santiago: «¿Crees que Dios es uno? También los demonios lo creen y se estremecen» (2,19).

Para percibir la distancia entre el Dios al que se llega por una vida religiosa de ese estilo: convencional, heredada; o por una fe implícita: que se da por supuesta, pero que no ha sido personalizada; o por una fe reducida a creencia: «Creo que...», basta que nos remitamos a lo que sobre Dios dicen los sujetos que han llegado a él por medio de esa actitud incomparable que conocemos como actitud teologal, vivida personalmente por el creyente y expresada sobre todo en sus oraciones, primer lenguaje, lenguaje originario de la fe. Recordemos, por ejemplo, el Salmo 63: «¡Oh Dios!, tú eres mi Dios, por ti madrugó... / tu gracia vale más que la vida... / mi alma está unida a ti y tu diestra me sostiene». O el Salmo 15: «Protégeme, Dios mío, que me refugio en ti. / Yo digo al Señor: tú eres mi bien... / el Señor es el lote de mi heredad y mi copa; / me ha tocado un lote hermoso, / ¡me encanta mi heredad! / Por eso se me alegra el corazón / y mi carne descansa serena». Y tantos otros: Salmo 22: «Aunque pase por cañadas oscuras, nada temo, porque tú

⁸ Cf. el texto de Pascal conocido como *Memorial*, en *Oeuvres complètes*. París, Bibliothèque de la Pléiade, 1954, pp. 553-554.

estás conmigo»; o el 26: «Si mi padre y mi madre me abandonan, nada temo, porque tú estás conmigo»; o el 121: «El auxilio me viene del Señor, que hizo el cielo y la tierra».

Recordemos también algunas oraciones de Jesús, como la que la carta a los Hebreos pone en sus labios: «¡Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad!». O: «Yo te bendigo, Padre, Señor de cielo y tierra...». O la del huerto de Getsemaní: «Abbá, pase de mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad, sino la tuya». O las que dirige al Padre desde la cruz: «Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»; «Padre: en tus manos encomiendo mi espíritu».

Y como eco de esas oraciones, las de los grandes santos, como Agustín: «Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé. Me llamaste y me gritaste hasta romper mi sordera. Brillaste sobre mí y me envolviste en resplandor y disipaste mi ceguera; derramaste tu fragancia y respiré; y ahora suspiro por ti. Gusté y ahora tengo hambre y sed. Me tocaste y quedé envuelto en las llamas de tu paz»⁹. O la de Francisco: «¡Dios mío, mi todo!». O la de Teresa: «Nada te turbe... Quien a Dios tiene, nada le falta; solo Dios basta». O, más cerca de nosotros, la confesión de Charles de Foucauld: «Desde que creí en Dios, supe que ya no podría vivir más que para él».

El Evangelio está lleno de expresiones en las que Jesús habla de Dios y su reino, que ponen de manifiesto una forma enteramente nueva de relación con él: «Solo una cosa es necesaria: buscad el reino de Dios y su justicia, y lo demás se os dará por añadidura». El reino de los cielos –Dios mismo– es semejante

⁹ *Confesiones* X, 27.

a un tesoro escondido, a una perla preciosa. Quien lo descubre, va y vende todo cuanto tiene, con alegría, por adquirirlo.

*Condiciones para que la palabra «Dios»
cobre todo su esplendor*

¿Qué tiene que suceder en una persona para que la palabra «Dios» cobre esa densidad de significado, esa calidad única que tiene en labios de los verdaderos creyentes, de los convertidos, y que hace que la realidad a la que se refiere trastorne la vida de quien la dice con toda verdad y no, como tantas veces sucede, «tomándola en vano»? Tiene que suceder, primero, que esa realidad se haga presente a la persona de las mil formas en que puede darse su presencia invisible, pero inconfundible: desde el interior de la conciencia, en un acontecimiento de su vida, en el rostro del otro, en la Escritura, en Jesucristo reconocido como «Dios con nosotros». En segundo lugar, que el sujeto tenga despierta su conciencia, abierto y dispuesto su corazón. Y, finalmente, que reconozca esa Presencia única en su entera originalidad, la acoja como el origen del que está procediendo su vida; como la realidad a la que apuntan sus preguntas radicales, por la que suspira el anhelo que embarga su vida; como la meta a la que se dirige la flecha en permanente vuelo de su inquietud. Para que esto ocurra tiene que suceder que el sujeto llegue al fondo de sí mismo, al manantial del que brota el arroyo de su vida, al corazón, sede de sus decisiones y deseos, y descubra, reco-